

CAPILLA ALFONSINA

LOS LISIADOS

El pobre monstruo, sentado en el borde de los caminos ó en el atrio de la parroquia, llamaba al corazón de los indiferentes.

M. SARMIENTO.

Al cabo de un día de estar en el pueblo, ya se conoce á todos los lisiados.

Primero, porque se diferencian de los demás; segundo, porque no están nunca en casa; tercero, porque si están los sacan á la calle para que no estorben. Así es que, atravesando el pueblo del fieltro á la plaza, de treinta que haya en todo el pueblo, por lo menos ya se han visto veinticuatro.

¡Y qué tristeza le dan al pueblo! ¡Qué soledad! ¡Qué tedio! Inmóviles horas y más horas al pie de los portales, acurrucados en los rincones de los pórticos, quietos como pedazos de ropa negra, parecen sobras de las casas ó ropa de enfermo des-

echada, que han tirado á la puerta de la calle. Aquí, uno, bajo un trozo de pared blanca; más allá, otro tumbado en el suelo; más lejos, uno sentado, semejando á lo largo del pueblo puntos de luto en las páginas de su libro, mojones de la desgracia, misterios de dolor en calvario de polvo. Ninguno se mueve de su sitio, ninguno mira, ninguno alza los ojos para mirar; todos rezan ó rumian palabras misteriosas, hablando solos, como si viviesen solos en el pueblo, y sólo de cuando en cuando se ve un bulto revolcándose en la polvareda, un bulto que salta por el suelo haciendo levantar ráfagas blancas, y es un lisiado que pasa, que atraviesa para ir á dormir al otro lado, y allí se queda inmóvil como los demás, formando en aquellas filas.

Hay toda clase de males en aquella guardia de la muerte; ciegos con los ojos claros como el día y sin verlo, con la cabeza apoyada en la pared, y mirando hacia arriba, como esperando á todas horas la salida de la luz ó aguardando tranquilos que les pongan la mano en el hombro como aviso de que ya ha terminado el día; los hay con las piernas rotas, aplanados en tierra, tirados, acurrucados sobre el polvo, engurruñados como un montón de huesos, y con la cabeza caída sobre los pies; los hay con la cara atontada, con la cabeza monstruosa, carnosa, hinchada, y con la boca abierta, como un montón de carne miserable que aún vive y respira; los hay que tienen medio cuerpo muerto y le

han de llevar, le han de arrastrar, le han de velar toda la vida, haciéndose tumbas de sí mismos; los hay que pasan la vida muriéndose; los hay á quienes el corazón les late por costumbre, pero que ya están muertos y sólo les falta que les entierren, que les saquen de aquellas filas cuando estorben demasiado y se duerman demasiado á menudo; pero de todos, el que daba más angustia, más espanto, más miedo al verle, era uno, ó un pedazo, ó un fragmento, ó medio cuerpo, que estaba arrinconado en una pared de la iglesia; era un montón de desechos tirados dentro de un cajón, un añudamiento de piernas y brazos, un montón de ropa sucia con miembros colgados dentro, que se comían las moscas, y unos ojos hondos, oscuros, morados, que os miraban y os seguían y os perseguían con la vista. Tenía una campanilla y tocaba, tocaba siempre, y nada más triste, más doloroso, más aplanador que aquel tocar acompasado de una agonía infinita, aquel pedir socorro sin prisa, aquel toque de viático sin esperanza de consuelo, aquel campanillear de rutina, como la esquila de una oveja que se muriese en un rincón de montaña.

Parecía el llorar del pueblo aquel tocar de campanilla; parecía el toque de oración de todos los lisiados del pueblo, la voz del más lisiado, del miserable centinela que iba gritando el *alerta* en aquellas negras filas para que levantasen la cabeza los que aún estuviesen vivos, y no les enterrasen antes de tiempo; y uno aquí, y otro más allá, y uno

más lejos, parecía como si oyese aquel aviso de ir viviendo, y dijese, soñolientos, cabeceando: «Todavía estoy vivo. ¡Alerta!» «Yo también.» «Y yo también.» «Y yo», «yo», «yo», hasta perderse por las soledades más hondas dentro de los pedazos grises de corazón, y en los espíritus mortecinos de aquellos tristes despojos.

Carne perdida; sobras del hombre, que no las puede guardar siempre; estorbos para el pobre luchador del campo, que también le pide vida; muchas veces, muy á menudo, tenían que abandonarlos á las horas de la lucha, y había muchos momentos en que se quedaban solos en el pueblo. ¿Qué pensaban? Acaso Dios detiene el pensamiento de los lisiados. ¿Qué rezaban? Acaso era un movimiento de labios. ¿Qué miraban con los ojos fijos? Acaso no miraban; acaso todo les miraba á ellos, y sus ojos abiertos á la luz no eran más que un estanque de aguas muertas que recibía en el fondo las impresiones azuladas de todos los cielos que les miraban.

Por desgracia, los cielos reflejados no siempre estaban serenos. Había muchos nublados con sol, muchos claros con obscuridad, muchos de noche en plena luz de día. Los enfermos y los lisiados cansan, dan aprensión, dan espanto; se les cuida de lejos, se les tira la caridad, se aparta de ellos la mirada, la familia los toma con resignación; pero pronto se acostumbra á oírlos y los ve como un mueble inútil, y, por último, sus ayes sordos, apa-

gados, monótonos y doloridos, pasan á ser un ruido más en los oídos de la casa, un ruido de garrucha, de carcoma, de canto triste, que hasta hace dormir á los niños y adormece á los caminantes al verlos al pie de la puerta.

Allí se les veía todo el año, toda la vida; allí se les veía siempre solos, siempre uno á uno, como apestados de otros tiempos, sin crecer y sin envejecer. No más que un momento les vi á todos juntos, volviendo de casa del cura, donde les habían llamado para repartirlos alguna manda, y de tantas procesiones como había visto, aquella era acaso la única que me había impresionado. Habían salido de los portales, de los rincones, de los patios, de al pie de las negras paredes de la iglesia los lisiados, y estaban todos en aquel negro desfile. Primero, los cojos, haciendo crugir y deslizando las muletas sobre las losas de la calle; después, los ciegos, andando con las manos extendidas, como santones de las tinieblas; los tullidos, medio arrastrándose; el que llevaba medio cuerpo muerto, sosteniéndosele y apoyándole en las paredes; los de los huesos rotos, arrastrándose y rodando por las piedras; todos como muriéndose, todos grises, todos mostrando sus heridas y todos traqueteando la cabeza al son de aquella campanilla del lisiado del cajón, que también le hacían seguir, como carro de ambulancia, en aquel ejército de miseria.

Al llegar á lo último del pueblo, pasaron por la carretera, y una nube de polvo los cubrió.

Como revolcándose en el polvo se veían muletas, cabezas vendadas, pedazos de miembros raquíuticos, y la nube iba siempre creciendo.

Se veían masas informes, monstruos empolvados, bocíos blancos, que iba tapando la nube.

Y del fondo de aquella nube tocaba la campanilla, insistente, seguida, acompasada, para congregar á los que vivían, y todos iban respondiendo, moviendo la cabeza y rezando aquel ¡alerta!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

EL CONCIERTO

Una noche, encontrándome solo y queriendo matar las horas muertas de la velada, entré en el café de *La Esperanza*.

El café de *La Esperanza* estaba medio á oscuras. Había una luz de petróleo que, aunque lucía á todo lucir, soltando un hilito de humo negro por el tubo, no se daba bastante claridad ni á sí misma. Había además otro quinqué, pero le tenían apagado, sin duda para que el uno no perjudicase al otro; había una docena de mesas, todas vacías, pero, eso sí, todas manchadas; había una cinta en el techo para catre y comedero y dormitorio de aquellas moscas, que esperaban á que fuese de día, ó á que fuese verano, para salir á pasar el rato; había el mostrador con todos esos frascos que hay en los mostradores, llenos de líquidos de colores y de moscas que han bajado de aquella cinta, y al fondo había un piano, que le habían vestido de rayadillo, perfilándose sobre una tarima.

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Como se ve, el establecimiento de *La Esperanza* no pecaba ni de *lujo* ni de vanidades *mundanales*, ni el bullicio quitaba el sueño á los habitantes de la vecindad. Aquel era un rincón de paz, de tranquilidad, de reposo público, de recogimiento seglar. Al entrar me pareció que no había nadie en la sala, ya que el *faro* no daba bastante claridad en aquel puerto de refugio; pero una vez pasado el deslumbramiento, vi un brasero, un brasero con más ceniza que lumbre, un brasero muriéndose de frío, con dos viejos acurrucados é inmóviles, ayudándose, ellos al brasero y el brasero á ellos, á bien morir, y que, al ver á un parroquiano nuevo, levantaron los ojos con la modorra de dos perros que se despiertan.

—¡Café!—grité para que viniese el amo. Y uno de los viejos movió una pierna.

—¿No hay nadie en *La Esperanza*?—torné á gritar. Y el viejo con calma, movió la otra pierna, meneó el rescoldo, se levantó y vino, diciendo por dentro:

—¡Calma, hombre, calma! ¡Modere la prisa y sosiéguese, que el café no es el boticario! ¡Ni que nunca hubiese uno tenido parroquia! ¿Qué, quiere usted todo el azúcar?

—Y más que hubiese.

—Aquí no damos más que dos terrones los días de trabajo.

—Ya lo veo.

—Es costumbre de siempre.

—Gracias, y respetémosla.

—Por muchos años—. Y se volvió al brasero, como rezongando: «Para un café, despiértate, levántate, caliéntale, sírvele y cobra, y deja que el brasero se enfríe. No sé por qué los forasteros han de tomar café los días de trabajo.»

Junto á la lumbre, quedaron otra vez adormecidos, sin decirse una palabra, sin moverse, sin mirarse, con las manos sobre el rescoldo y los ojos fijos en la ceniza.

Tomé aquello que llamaban café, que era un líquido que iban recalentando cada hora desde el domingo pasado; miré un rato la luz aquella del petróleo, y con la duda de irme á aburrir á la calle, ó de irme aburriendo allí dentro, me vinieron ganas de volverme mosca para poder dormir todo el invierno sobre aquella dichosa cinta; pero no teniendo aqueste don, me fijé en el piano, y fui á abrirlo.

Viendo que forcejeaba en la tapa.—Está cerrado—, me dijo una voz desde el brasero.

—Ya lo veo. ¿No tiene usted la llave?

Dos minutos de silencio.

—Sí, señor.

—¿No me la podría usted dejar?

Tres minutos.

—Ya va. Voy en seguida á buscarla.

Este «en seguida» fué cosa de media hora. Volvió á menear el brasero, á mover la pierna dormida, á despertar al compañero, á registrarse los bol-

sillos, á sacar una llave, á abrir un cajón del mostrador, á sacar de él una caja, á abrirla, á ponerse unos lentes empañados con los dos cristales diferentes y mal avenidos uno con otro, y, por fin, á desenterrar de entre un montón de ruinas aquella llave, la dichosa llave, y á desabrigar el piano, y á buscarle la cerradura, y á abrirle de par en par como si abriese las puertecillas de un sagrario.

¡Y para qué, Dios mío! ¿Para qué tendrían cerrada ¡y tan cerrada! aquella caja de música? ¿Qué podrían estropear en aquel trasto? ¿Qué clase de respeto le tenían á aquella antigüedad? Si á los muebles les saliesen cabellos blancos, ya haría muchos años que no tendría ninguno negro. Hasta las teclas que habían sido negras, ¡ay! habían perdido el forro; las blancas se habían tornado amarillas, y todas juntas, niveladas, lucientes y sucias parecían una dentadura de huesos, de huesos de muerto; una dentadura vieja, carcomida, ratonada, polvorienta y llena de moho, á la que le faltasen las piezas del centro, los colmillos y los dientes y las encías, y al manejar las sobrantes vibraban con tonos de guitarra de ciego dentro de unas bayetas que uno creía fenicadas al oirlas gemir con aquella voz de enfermedad.

Con todo, viendo que me entretenía en mover las que aún tenían voz y voto ¡oh, divino poder pianístico! el otro viejo del brasero se levantó, se acercó y me dijo, con una voz á la que le faltaban tantas teclas como á la pobre voz del piano:

—¿Usted es *falirmónico*?

—Para servirle.

—Quiero decir si le gusta la voz salida oralmente de la persona.

—Quiere usted decir si me gusta oír cantar...

—¡Angela!

—¡Ya lo creo que me gusta!

—Pues si queda usted aquí una hora oír á mi hijo, el hijo propio de un servidor, que canta, y canta con voz natural, y no le pesará oírlo. No tiene estudios, pero tiene más voz que yo y hasta acaso que usted, y eso que no le he oído. Quédese. ¡Cuánto me gustan las personas que saben *acatar* el mérito! Hoy *concierta*, y vendrán muchos á oírle.

Me quedé. ¡Qué había de hacer, pobre de mí! Todo estaba cerrado; no había luna, la alegría de la noche en los pueblos tristes; el boticario había cerrado, la alegría de la calle; y hasta la campana había dejado de tocar. Quédeme en clase de *acata-dor*; y de la sombra de la calle, arrebuja-dos en tapabocas, llegaron poco á poco una docena de aquellos hombres aletargados que ya conocía de vista, pero que no habría sospechado nunca que pudiesen ser *falirmónicos*; caras angulosas, hombres con más arrugas en la cara que torrentes en un nacimiento; viejos más viejos que en ninguna parte; barbas flacas y estrechas y peladas como rodillas de niño; sotabarbas con bocios inmensos, con bocios de tres pisos, colgando como vejigas

sanguinolentas; narices que caían sobre las barbas, escondiendo en el fondo las bocas como aberturas de hucha, y jóvenes con la frente estrecha y los ojos pequeños, y las cabezas sucias, fueron entrando uno á uno, y sin tomar ninguno nada, se fueron colocando junto al piano, que al lado de aquella gente tan sudada, tan triste y tan sucia parecía un mueble aristocrático ¡pobrecillo!, un mueble, ¡Señor!, arrancado de unas buhardillas del caserón, que hubiese caído en la taberna.

Entre ellos llegó uno que dijeron ser el pianista, tan sudado como los demás, pero con un sudor más cuidado y vergonzante, que olía á bencina, y el muchacho, el cantador, el hijo del viejo del brasero, un muchachote de unos veintidós años, más flaco que los otros, y con la cabeza más abollada, y con las cejas más espesas y más anchas.

Tenía el cantador los ojos lacrimosos, como si hubiese perdido la espita de las dos fuentes del llorar; la boca torcida; el cuello largo y estrecho, y lleno de esas venas amoratadas que parecen cordeles de miseria; las orejas amarillas y lacias; y todo él tenía un aire bienaventurado, de pájaro mojado, de perrillo de pobre y de verderón flaco, que fuese sordo, ó que le hubiesen dejado sordo quemándole con un punzón el oído, para que las voces del mundo no le estorbasen y pudiese cantar más tiempo.

—Ya le oirá usted— me dijo su padre.— Así, raquíto, y tan poca cosa como usted le ve, como

tiene el oído atrancado, todo lo que le entra, no se le va nunca jamás. Se acuerda de todo lo que hace más ruido, de todos los órganos, de todos los gritos y de todas las músicas de regimiento que ha oído. El pobre no oye, pero tiene más conocimiento que todos los que le escuchan. ¿Verdad, muchacho, que eres sordo y que tienes memoria?

—¿Qué dice usted?

—¡Que tienes memoria!

—Sí, señor, que tengo memoria.

—Pues, canta.

—¿Cómo?

—¡Que cantes para la concurrencia!

—¿Qué voy á cantar?

—Canta una marcha *murística*.

Antes de cantarla, todos se rieron. Ya sabían que la cosa iba de broma, y eso que la marcha ó canción que cantó, y que el padre llamaba *murística*, no tenía nada de *murística*. Era una canción de taberna, pobre y sucia, pero dicha con tanta inocencia, que la boca de aquel infeliz parecía un filtro moral que limpiaba, con la lástima y la miseria y la pobreza de espíritu, lo que le salía de los labios, como si fuesen unos limbos espirituales ó un misterioso purgatorio que iba purificando las impurezas y suciedades que había recogido del pueblo. Cantaba, y cantaba sin voz, gritando, gritando siempre, saliéndole las notas de la garganta, y de la boca, y de los ojos, y diciendo todas las miserias, sin jamás subrayarlas, diciéndolas claras y

hasta hermosas, y hasta puras, como si tuviese en la boca agua fresca, abundosa y reidora, que las lanzase al torrente hermosamente purificadas.

Todos se reían.

Todos se reían y se miraban de reojo, y el padre no veía de satisfecho.

—No hay muchacho tonto que cante tan bien— dijo el padre:

—Mire usted que le va á oír.

—Ya sabe él que lo es.

Todos se rieron.

—¿Verdad, muchacho, que eres tonto?

—¿Qué?

—¡Que eres tonto!

—Sí, señor: un servidor es tonto.

El padre:

—Lo es de nacimiento. Creímos que no podíamos sacar nada de él. Intentamos hacerle estudiar de letra, y no le entró: después le quisimos dar el oficio de zapatero, y no le entró tampoco; le temblaba el pulso, no entendía las hechuras, y para el trabajo no tenía costumbre. El, sordo como es, siempre con el oído en las veladas, en las músicas y en los pianos de los casinos, escuchando lo que tocaban, y volviéndolo á escuchar, hasta que lo tenía bien fijo para transmitirlo delante de una concurrencia.

—¿Y cuántos años tiene?

—El año pasado entró en quinta, pero le declararon inútil por motivo de eso de la cortedad de

entendimiento que le falta. ¿Verdad, muchacho, que no pudiste entrar en quinta?

—¿Cómo?

—¡La quinta!

—No me quisieron para servir al Rey, porque dijeron que era un poco tonto.

—Yo tuve que pagar por el mío—dijo con cierto retintín un individuo de aquel público—. Con un poco de influencia, también hubiera podido pasar por tonto; pero en el mundo, señor, quien no tiene *personas*, ni por tonto puede pasar.

—Tienes razón, José—dijo toda la concurrencia—pero que cante y dejémonos de historias.

Volvió á cantar, y esta vez tocó una marcha fúnebre que había oído en algún entierro del pueblo. El pianista iba siguiendo el entierro, y él con el pescuezo estirado, con los ojos en alto, con la boca abierta de par en par, y con la cara y las venas y hasta las alas de la nariz como si le fuesen á estallar, cantaba, cantaba más que á toda voz, cantaba á todo grito, á rompe cuello y garganta, imitando el cornetín, y el bombo, y el fiscornio, y toda la cuerda, y todo el metal, y la madera; y los hombres se entusiasmaban, y al padre, siguiendo con la boca y los ojos los movimientos de su hijo, y animándole, y llevándole el compás con la vista, y empujándole con la radilla, y extasiándose con todo su amor de padre, no le cabía en la cabeza tener un hijo como aquél, aquella criatura, fruto triste de bendición, que si era tonto para tantas

cosas, no lo era para dejar encantadas á aquellas pobres gentes, capaces de remover la tierra y de hacerla criar, y de hacerla dar frutos y flores, pero incapaces, con tantos conocimientos, de cantar la canción más sencilla.

—¡Basta! ¡Basta!—dije.—¡Que no cante más. Debe de estar cansado.

—¿Cansado él?—respondió el padre.—Aunque estuviese cantando cuatro días seguidos no se cansaría. ¿Verdad, hijo, que no estás cansado?

—No, padre—dijo el muchacho con vez áspera y enronquecida.

—¡Ya verá usted si está cansado! Ni él ni nosotros. Animo, chico. Ahora canta aquello de la iglesia: haz el órgano, los monaguillos, las campanas y el canto.

—No, que no lo haga—dije.

—Hazlo, muchacho, sin cumplidos.

Lo hizo, y esta vez hasta el pianista tuvo que pararse. No había manera de seguirle; gritaba, escandalizaba, se ahogaba, se ponía rojo, se desgañitaba, y canta que cantarás, no reventó allí mismo porque no había llegado su hora.

—Vaya, ahora basta—dije.

—Bien, bueno, descansa un poquito—dijo el padre—. Hazlo por el señor.

—Y... diga: ¿á qué va usted á dedicar á este muchacho?

—A esto.

—¿Cómo á esto?

—A esto de ir cantando por los cafés, los casinos y las calles. Hoy lo hace por su gusto; ¡pero el día en que yo falte se puede ganar los garbanzos!

—¿Es que no hay tontos en el pueblo?—pregunté.

—Tan tontos como él, no, señor.

—Con la voz que tiene, bien servirá para el canto de la trilla.

—Ahora aún es joven—dijo el padre—y no tiene todo el desarrollo. ¿Verdad, muchacho?

—¿La quinta?

—Todo lo entiende. Ahora quiere decir que ya es un hombre. Pero, anda, otra vez; cántanos eso de los soldados.

—¿De la quinta?

—¡Justo! de la quinta.

Huí para no escuchar aquella quinta sinfonía triste, y al llegar á la calle me encontré con el sereno, que también cantaba las once.

—Buenas noches—me dijo.—¿Viene usted del concierto?

—Sí, sereno.

—Tiene buena voz ese muchacho. ¡Así la tuviera yo para mi oficio! No se cansa nunca. Ni que fuese ciego cantaría con más aliento. Hoy puede ser que le hagan estar cantado hasta las tres de la madrugada.

—¡Dios mío! ¡Qué pueblo! ¡Qué pueblo, y qué gente de pueblo! ¡Y pensar que hay tantos cafés de *La Esperanza!* ¡Que hasta en los pueblos grandes,

con maneras menos *francas*, hay tantos tontos admirados por tantos y tantos que no lo son más que un poco menos!—pensé, hundiéndome en la obscuridad de la calle, y oyendo desde las tinieblas una voz que se desgañitaba y todo un coro de hombres que reía.

LA NOCHE DEL AMOR

La noche no se ha hecho para dormir, como dicen los dormidores mundanos.

J. VERDAGUER.

Había una noche, una en el año, en la que parecía que Nuestro Señor se acordase que allí, en una llanura indiferente, había un pueblo abandonado de poesía, y que, pesándole el descuido de no haber sembrado cuatro flores para incensamiento de las almas, llamase á un ángel, diciéndole:

—Escucha, ángel: mañana es San Juan. Allí, en un rincón de tierra, que te costará mucho encontrar, porque ni yo mismo sé cómo darte las señas, tan falto está de señales, hay un pueblo. Es nada más que un pueblo. Y para encontrarle, una cosa te guiará: aquel que tengas más ganas de no ver y menos ganas de quedarte en él, quédate; es ese. Vuela, vuela deprisa, y por una noche enséñales

lo que es vivir, lo que es soñar, y todo eso que no tengo que explicarte y de lo que tenemos llena la gloria. Sobre todo, no les dejes dormir esa noche; que vean que hay estrellas en el cielo; que sientan como dentro de sí tienen una cosa que en todas partes llaman corazón; remueve aqueste corazón y hazlos amar; sobre todo, hazlos amar, ángel; que sepan una vez qué cosa es este consuelo de la vida, ellos, los pobres, que viven todo el año en sequía, en esa sequedad en que no tienen ni agua para lágrimas. Vuela y está contento de la romería á que te envió, que no darás vuelo tan hermoso como éste de poder llevar una noche de gloria á los fangales de la tierra.

Además de las órdenes dadas á su ángel (Nuestro Señor no hace nunca las cosas á medias), encargaba al sol que se pusiese con todas las galas, y á la noche que aclarase bien la niebla y que no escaseasen las estrellas. Todos los años estaba serena esa noche. Y ¡qué puesta de sol, y qué celistía y qué salida de las estrellas! Todas las nubes, en traje de recepción, con los vestidos más dorados y más azules y más gloriosos, con todos los diamantes de rosicler, comparecían en aquella señalada puesta de sol á dar su adiós al día; todas las montañas asomaban las cúpulas azules á los balcones de la serranía para ver pasar la procesión de las nieblas y bajar á Occidente aquella custodia encendida; todos los valles de aquel valle pobre lanzaban los aromas más puros y los inciensos de todos los árboles;

cantaban todas las fuentes, rezaban todos los ruidos del atardecer, trinaban todos los pájaros, salían todas las multitudes y constelaciones y riodadas y agrupamientos de estrellas, y hasta la luna quería estar allí, y salía amorosa, pálida, clara y sonriendo, con una sonrisa de esperanza, á los humildes de aquel pueblo.

Y el pueblo, sin darse cuenta, encendía hogueras en aquel altar del cielo. En cada era, en cada plaza, en cada masía, se veía el resplandor de las llamas, subiendo como lenguas de cadmio cielo arriba, con un revoloteo de chispas, de vida, de reflejos, como llamas caídas del cielo para dar claridad á aquel pueblo, que siempre vivía en tinieblas; y por instinto, por rutina, aquella gente, que de la tierra no veía más que los terrones y el fruto, se sentía incendiada por el fuego que era diferente de los otros.

No; aquel fuego no era igual que el que encendían todos los días: tenía otra virtud: una virtud misteriosa que les hacía sentir latidos que no habían sentido nunca, que les removía pasiones que nunca habían sospechado, que les hacía temblar cuerdas mudas y remover vibraciones que todo el año tenían muertas. Los viejos del brasero encontraban que aquella lumbre calentaba de otro modo que las brasas del brasero, y buscaban los corazones de las viejas compañeras, y se daban las manos junto al fuego, y un dulce rescoldo de añoranza les hacía ponerse uno al lado del otro y recor-

dar otras noches de San Juan, también claras, y también llenas de amores y de vida soñada; los muchachos las saltaban más alto, y con más fuerza y más empuje que los demás días; las madres acercaban á sus hijos para darles fuego para la vida, y los jóvenes, todos en parejas, tenían palabras que no habían tenido nunca, y hasta suspiros y hasta besos que les quemaban los labios; besos del fuego de San Juan, de la noche de amor, de aquella noche de verano que les impulsaba á abrazarse, á estrecharse, á confundirse, y hasta á morir, si convenía, en un solo abrazo.

¡El ángel cumplía bien el encargo! Los que no sabían cantar, cantaban, y se enteraban por primera vez de que también cantaban los pájaros; á los que no sabían hablar, las palabras salían amorosas, allí á la sombra de los portales medio cerrados; los que no tenían ni sospechas de que las plantas diesen flores en las ventanas, arrancaban las más hermosas y encendidas, é iban las flores de boca en boca, perdiendo en cada labio una hoja, hasta no quedar ni una; los que no habían mirado nunca la vía láctea, la seguían aquella noche, y se extrañaban de que estuviese allí y de que hubiese tantas estrellas, y de que hasta diesen claridad. Cada árbol de la huerta, polvoriento de día, era como un ramillete de plata á la blanca luz de la luna; cada portalada con su parra, era un confesonario aquella noche; nunca los ojos habían brillado de aquella manera; el párroco hablaba de

misticismo, el Beco no renegaba, Juan el del coro decía unos versos que había aprendido de niño; y hasta *El Pensil*, cantando allá á lo lejos, de casa en casa y de puerta en puerta, tenía voces desconocidas, voces de claro de luna, voces de noche, voces del aire, modeladas por el ambiente, que todo lo encendía aquella noche.

Las hogueras duraban una hora más, y el rescoldo duraba toda la noche, y al dar las doce en el campanario del pueblo, al fuego del entusiasmo, sucedía el rescoldo de las ilusiones; y era la única, aquella noche, en que las ilusiones lo eran. El horóscopo no hablaba de dineros en aquella noche del amor, ni de casamientos pactados, ni de capitulaciones, ni de tierras. Una se casaría con el joven más guapo del pueblo, bien plantado, bueno de todo corazón, el más valiente y el mejor bailarín y el de palabras más dulces; á la otra vendría á buscarla un forastero, caballero en un caballo enjaezado de fiesta, lleno de cascabeles y bordados, y se la llevaría á la grupa, dando envidia á todos los mozos y mozas que saldrían á las puertas; á otra la llevarían á la ciudad, y vería lo que hay en esas ciudades que dicen que son tan grandes como toda la llanura del pueblo, y que las mujeres son todas rubias y caballeros todos los hombres, y todo el mundo vive feliz y enamorado y en palacios tan grandes como la iglesia; alguna no quería más que un mozo forastero, pero, eso sí, que la quisiese mucho; otra se contentaba con un

mozo que ya hubiese salido de quintas para no tener que añorarlo; y á todas las blancas alas de aquel ángel les acariciaba con las plumas las cuerdas medio adormecidas de aquella arpa de ilusiones que la juventud lleva en el alma, y todas soñaban una hora más, hasta el alba, hasta la luz del día.

Antes de llegar el amanecer, aún se oían risas en el pueblo, aún las hogueras dejaban escapar chispas de entre las brasas; aún velaba el ángel. Querían ver toda la noche, no querían despedirse aún de ella, como temiendo lo corta que había de ser. Las parejas pasaban sin decirse nada; pero aún iban bien cerca uno de otro; los viejos rezaban las últimas letanías del atardecer de la vida; los niños se quedaban con los ojos abiertos, con un desvelamiento extraño que les tenía encantados, sin sueño y sin lágrimas; y las madres les miraban temerosas, no atreviéndose á dormirles para no despertarles del ensueño.

Ya se acababa aquel sueño de la noche de verano de un pueblo. Ya la luna había bajado á Occidente, enviando el último beso de despedida á la torre y al calvario, y ya empezaba á clarear detrás de las montañas.

El ángel se alejaba sin hacer ruido con las alas, volaba tranquilo aire arriba, aire arriba, alejándose de la tierra, y la tierra, con la luz del sol, que ya salía, se tornaba á tornar tierra.

Como los niños de las madres, todos se desvelaban del ensueño, despiertos de no haber dormido,

y volvían á ver la tierra, monótona y triste como siempre, y volvían á ver el pueblo, indiferente, polvoriento, opaco como á todas horas, y volvían á uncirse á los trabajos de cada día, al aletargamiento eterno de aquella llanura lisa.

Del fuego no quedaban más que cenizas y tenían que esperar un año, todo un año más para volverlo á encender, y que volviese á convertirse en ceniza.